

# Manuel Altolaguirre, de un mundo a otro\*

**E**l 18 de julio de 1936 sorprendió a Altolaguirre entregado a sus nobles tareas tipográficas. Semisótano de su casa en la recogida calle de Viriato, situada en pleno corazón de Chamberí, próxima a la frontera de la ciudad burguesa con el barrio obrero de Cuatro Caminos, a espaldas del actual Museo Sorolla, a muy poca distancia de la apacible Colina de los Chopos, donde se asienta la mítica Residencia de Estudiantes, que por aquellos inciertos momentos ya no era ni sombra de lo que fue, a pesar de cuanto diga la turbamulta de sus hagiógrafos: el número doble 5-6 de su primorosa revista *Caballo verde para la poesía*, monográfico sobre el poeta uruguayo Julio Herrera y Reissig, preparado con motivo de su centenario, ya está impreso y sólo falta doblar los pliegos y proceder a coserlos. La noticia de la sublevación en Marruecos, alteradamente transmitida por el locutor de Unión Radio, ha sobrepuesto un aire de irrealidad, como un ala negra de murmullos, a las conversaciones del taller. Queriéndose creer incrédulos, todos sonríen para darse ánimos. Pero ya nada volverá a ser igual. De hecho, el número doble de *Caballo verde* pereció allí mismo. Nadie doblaría los pliegos, nadie cortó las hojas ni procedió a coserlas, nadie ha vuelto a ver aquellas páginas, no obstante habérselas buscado con singular empeño.

Ataviada con ese inevitable y precursor mono azul, único en el tenso Madrid prebélico, que tanto admirara Juan Ramón Jiménez («su mono añil puede ser de cajista de imprenta, enrolada de buque, fagonera de tren, polizón de zepelín, todo por la Poesía delantera que huye en cruz de horizontes ante las cuatro máquinas», escribió el autor de *Platero y yo*), Concha Méndez preside el trabajo de los tres obreros maquinistas que la relativa prosperidad del taller —rodeado de prestigio, prosperidad creciente— había permitido contratar al matrimonio. Manolo, entre tanto, combina tipos y alterna colores para iluminar los versos de toda una época.

\* Capítulo del libro *Un poeta español en Cuba (sueños y realidades del primer impresor del exilio)*, de próxima publicación en el *Círculo de Lectores, Barcelona*.

Como es usual, se aguarda la cotidiana visita de Luis Cernuda. Hombre pulcro y cuidadoso, ceremonial, primero se quitará el traje, colgándolo de un gancho, para enfundarse después un mono de mecánico parecido al de Concha. Poco a poco irán llegando otros amigos, franca la entrada, a aquella casa abierta a la rosa plural de los cuatro vientos de la literatura y el arte. Todos, de alguna manera, participan en la elaboración de sus ediciones: las *Primeras canciones* de Federico García Lorca, *El joven marino* del recién citado Cernuda, tal vez destinado a malograrse en el silencio de la inedición, de no haber contado con tan comprensivo punto de apoyo, *El rayo que no cesa* de Miguel Hernández o *La lenia libertad* del propio Altolaguirre o *Primeros poemas de amor* del desmesurado Pablo Neruda, flamante director —honorario y simbólico, según la reivindicativa memoria de Concha Méndez— del desbocado *Caballo verde para la poesía*, relámpago alumbrador de la efímera impureza de los seres humanos, sus cosas vividas, sus cosas gastadas, a galope tendido lanzado desde aquel alegre semi-sótano de la madrileña calle Viriato para difundir un mensaje rehumanizador del proceso creativo. Esa imprenta, conviene repetirlo, se llamó *La Verónica*, nombre puesto en reconocimiento y homenaje a la primera impresora que recogió la cara del hombre cruzada por el dolor, y su último trabajo, consagrado a la memoria de un poeta latinoamericano, resultó una víctima más, desde luego de las iniciales, de la catastrófica guerra incivil, entonces todavía envuelta en las brumas de la incredulidad, cuyo estallido anunciaba con nerviosa voz, sobrepuesta a los ruidos del laborar en el taller, el anónimo locutor de Unión Radio. Ya nada —nada ni nadie— volvería a ser igual, señalé más arriba. Todo un mundo se acabó —lo acabaron— en tan fatídica fecha.

*La Verónica*, imprenta de paz, murió, sí, con la guerra, pero aun durante la guerra su magnífica herencia fructificó en sorprendentes herederas. Herederas de los tiempos de paz en el submundo de la guerra incivil. La excelente revista *Hora de España*, órgano de indiscutida altura intelectual a pesar de las circunstancias (que no por encima ni muchísimo menos al margen: a su pesar, insisto), o las combativas hojas de *El Mono Azul*, portavoz de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, atesaron muchas zozobras y no pocas energías del experimentado quehacer impresor de Manuel Altolaguirre. Y con ser esto ya mucho, todavía habrá mucho más. Más y más difícil, como requieren los imposibles.

Movilizado nuestro poeta-impresor en junio de 1938, cercana e inevitable la hecatombe, y destinado al XI Cuerpo del Ejército del Este, en un increíble derroche de ingenio y amor a la literatura, de fe en la vida —en su vida—, Manuel Altolaguirre fue capaz, sacando recursos de donde no los había, de montar una modestísima imprenta —tan modesta como en ver-

dad heroica— en el monasterio románico de Gualter, en la disputada ribera del río Segre, y allí, con la ayuda de Bernabé Fernández Canivell y Juan Gil Albert, soldados entre soldados, estampó los sucesivos números de la inverosímil revista *Granada de las letras y las armas*, más las primeras ediciones —hoy valoradísimas— de *España en el corazón* de Pablo Neruda, *Cancionero menor para los combatientes* de uno de sus compañeros más queridos, el también malagueño Emilio Prados, su inseparable aliado y maestro en la inicial aventura de aquel acariciado *Litoral* fundador de casi todo, y *España, aparta de mí este cáliz* de César Vallejo; y por fin, por si aún fuese poco, esos alucinantes pliegos de *Los lunes del combatiente* cuyo angustiado rastro se pierde, retrocediendo centímetro a centímetro a través de las tierras quemadas de Cataluña, a raíz de la definitiva batalla desencadenada por el general Yagüe, sumido el animoso Altolaguirre en el desolador caos de una huida espectral hasta Francia por los nevados y gélidos Pirineos, rodeado por el infinito batallón de la desesperanza, hundido en su terror y golpeado, entre los aullidos del viento, por sus murmullos de muerte.

«Vite, Vite!, gritaban hostiles los gendarmes, «laissez les armes». España, detrás, desaparece, consumida por una densa cortina de niebla y pólvora. «Allons, vite», no cesaban de chillar, blandiendo amenazadores sus metralletas, los soldados senegaleses del ejército colonial francés, embajadores mercenarios del desmitificado invento de la «tierra de asilo», a una masa de refugiados, aterida de terror y frío, que al menor ruido se arroja al suelo con movimientos mecanizados, abrazada de bruces a la nieve para engañar el vuelo rasante de una aviación enemiga que le ha seguido ametrallando, guiada por un encono ya inútil, hasta más allá de donde indicaba la peor de las lógicas militares.

—Vite! Vite! Laissez les armes!

La perspectiva, nada halagüeña, consistía en el hacinamiento en trenes de ganado con destino a las hirientes arenas de los campos de internamiento improvisados en la desabrida plenitud sin oasis de unas playas batidas por todos los temporales. Nada. Ni siquiera unos mínimos barracones. Sólo unas alambradas erizadas de púas, vigiladas por los mismos anfitriones del ejército colonial, y el arenal inmenso. El sol, la sed y las privaciones debían completar el trabajo del ejército franquista.

*La Verónica*, en tamaños instantes, no podría ocupar ni una fracción de segundo en el apresurado rincón de los recuerdos de otro mundo que, de tan terrible el entonces, parecería irreal, como de fábula, un puro sueño para siempre perdido. *La Verónica*, no obstante, reviviría. Al lado opuesto del Atlántico, en la avanzadilla caribeña del lado más grande de nuestra lengua, en la imaginaria perpendicular de la primigenia Imprenta Sur ma-

lacitana, continuación, renovada y sin corregir, de la primera *Verónica*, la madrileña que encontró antinatural muerte en la fatídica fecha del 18 de julio. Eso sucedería enseguida, dentro del mismo año, al cabo de muy pocos meses. Sí, *La Verónica* reanudaría su andadura, aunque en aquellos momentos y en Francia, *tierra de asilo*, pareciera impensable y hubiese sido tomado por loco absoluto quien se atreviera a pronosticarlo. A la vuelta de unas páginas llegaremos a esa su segunda e hispanoamericana parte. Pero de la mano del propio Altolaguirre, hagamos antes recordatorio de aquellos turbadores días de realidad antisurrealista. Vivencias tan inhumanas sólo los mismos hombres las pueden crear. Sólo los mismos hombres.

«Cuando me encerraron en aquella celda yo no estaba loco pero debí parecerlo... Me preguntaban mi nombre y yo lo decía. Me preguntaban mi edad y yo la recordaba. Me ofrecían de comer y yo no comía. No tenía hambre. Si la enfermera o el doctor me prodigaban sonrisas me parecían de burla... Aunque aquello era un manicomio, yo no estaba seguro de que lo fuera. La primera vez que me quedé dormido soñé que estaba en una cárcel. Mientras dormía me pareció escuchar unos disparos. Sentí que me dijeron:

—Están fusilando a tu hermano. Luego a ti. Luego a ti».

Así comienzan las *Confesiones* de Manuel Altolaguirre. Angustia, desvarío, terrores. Otra noche soñó con los restos de su hija, descuartizada, escondidos entre las crines que le servían de lecho. «Debí parecer un verdadero loco», anota. Pero no lo era. Simple y terroríficamente se trataba de un hombre vencido por el horror.

Había cruzado los Pirineos apenas unos días antes. Lo hizo por un sendero abrupto y por la noche, sin saber cuándo ni a dónde llegaría, en compañía de un chófer y de su hermana enferma. Al final dieron con una aldea. «No había luz. Había lágrimas». Resplandecía la oscuridad iluminada por multitud de hogueras. El viento gélido ululaba hostil. Al poeta Manuel Altolaguirre le aguardaba el coche de unos buenos amigos mexicanos. El poeta Manuel Altolaguirre no quiso subirse en él.

—«No subo al coche —dijo—. No debo, no. Que suban las mujeres.

—Las mujeres, ¿adónde? ¿Tienen a dónde ir? Ya se arreglará todo. Vamos a Perpignan. Vente. Anda. Sube.

—No, no, no voy —gritaba enloquecido. Tuvieron que dejarme».

¿Caballerosidad? ¿Hidalguía? ¿Generosidad? No, la dureza de la situación excluía el funcionamiento de tales resortes. La dureza de la situación animalizaba a las personas y sus comportamientos, en consecuencia, respondían a estímulos mucho más primarios. Altolaguirre, conmovedoramente, lo reconoce así: no era piedad por las mujeres; se fue andando y se

perdió en la noche por terror, «terror a todo, miedo a la vida». Y como no estaba loco se perdió pidiendo la muerte a voces.

Su memoria sufre luego un vacío. Un vacío que al cabo desemboca frente a una realidad con cavernosas resonancias de sueño absurdo y despiadado. Mejor dicho, absurdo por despiadado. Un sueño habitado por infrahombres, un sueño recorrido por dominadoras ráfagas erizadas de horrores y resentimientos.

La entrada al reino impuro de las tinieblas de los seres derrotados y abatidos, su antimágica puerta, aparecía custodiada por un gendarme más bien indolente, ya familiarizado con un hacinamiento al que daba la espalda mientras mordisqueaba, con dulce indiferencia, un rutinario pedazo de pan para entretener la guardia.

El poeta Manuel Altolaguirre, sin que nadie se lo solicitase, brindó la documentación al gendarme indolente, persuadido de que no estaría en regla y de que su amenazador destino alentaba, al lado de los suyos, detrás de aquella antimágica puerta.

Para su estupor, sin embargo, la documentación se encontraba en regla. Era un intelectual de prestigio y alguien se la había arreglado. Podía, por tanto, continuar deambulando por las calles desoladas entre la lluvia insistente. Francia, el país de la libertad, acogía con gozo a los creadores. Manuel Altolaguirre, en consecuencia, tenía ante sí el horizonte cerrado de las avenidas abiertas o el pozo sin fondo del internamiento en un campo para los seres normales, hombres como él de carne y hueso, que al no ser *distinguidos*, jamás accederían a la categoría de huéspedes de la *République*.

Abrumado por el peso de tantas derrotas (escribo derrotas, en plural, y escribo bien: era un mundo, todo su viejo y entrañable mundo, el que se había derrumbado), nuestro poeta-impresor sintió entonces la imperiosa necesidad de humillarse, al saberse un hombre más y sólo un hombre en el exilio como antes había sido un hombre más y sólo un hombre durante la guerra.

Aunque sin hambre, acuciado por necesidades más hondas, pidió limosna de pan al gendarme indiferente.

Y el gendarme indiferente, por supuesto, se apresuró a concedérsela. Acababa de examinar su documentación, se trataba de un intelectual. «Bien sûr, bien sûr». Pero él, también por supuesto, se sintió incapaz de probar aquel manso pan de la indiferencia educada.

—«Estoy cansado» —murmuró.

—«Pase, puede pasar; cuando descansa puede salir del campo» —fue la versallesca respuesta, ni tan siquiera asombrada, del probo gendarme de nuevo entregado a la masticación sosegada.